

Fernando Villagómez

En casa del jabonero

No cabe duda de que el mundo da tantas vueltas que a veces uno ni sabe donde está parado. Decía mi madre: "En la casa del jabonero el que no cae, resbala". Y digo todo esto porque todavía no hace muchos años tenía yo una opinión diferente, negativa, de la que ahora tengo, positiva, sobre los españoles.

Como muchos mexicanos, crecí educado con la idea de que los españoles, conquistadores del siglo XVI, llegaron a extrañas tierras para vejar un pueblo y aniquilar una cultura que supuestamente eran *nuestros*. Fuimos educados con la idea de repudiar todo aquello que oliera a español.

Una vez, se levantó un busto del conquistador Hernán Cortés en un barrio al sur de la ciudad de México. Hubo voces académicas e intelectuales protestando a través de los medios de comunicación. ¿Es Cortés el padre de la civilización de donde emerge el actual mexicano o el asesino de nuestra madre? ¿Merece revivirlo para matarlo a palos o levantarle un busto?

Hace ya un buen número de años, aquí en Polonia, conocí a un español. Tratamos el tema y cuando salieron mis reclamos patriotas, refutó:

- Pero, ¿Qué culpa tengo yo? ¡Han pasado tantos años! Yo viví otra realidad ¡Yo no sé nada de eso!

Y tenía razón.

Sin embargo, en México aún perdura ese rechazo. Y eso se debe a los libros de texto que se usan, o se usaban en muchas escuelas oficiales. Un buen ejemplo de esa creencia y su difusión fue Diego Rivera. Famoso muralista mexicano de la época del surrealismo, dueño de muchas anécdotas acaecidas al lado de personas importantes. Él dio asilo al célebre Trotsky cuando Stalin lo echó de Moscú. Él participó en un movimiento político intelectual llamado La Cuarta Internacional; vivió en España, Francia, tuvo en su vida muchas mujeres; hay un libro que habla sobre él y la relación amorosa con Quiela, la rusa que conoció y abandonó en París.

Pues bien, este famoso pintor intelectual mundano, en algunos de sus murales, evoca la grandeza y nobleza de los antiguos habitantes de México: los aztecas (mexicas). En estos trabajos, resaltan colores exuberantes, un sol radiante, espigas de maíz con mazorcas jugosas, indios de piel morena, jóvenes bellas en vestidos blancos bordados –cuellos y mangas– con hilos de colores. Al fondo, dos monumentales pirámides, y en uno de los lados, o en la parte de arriba del mural, aparecen unos hombres blancos, uniformados y pechos de metal, barbudos, mechudos, de mirada cruel que arremeten con espadas, lanzas y cañones contra los indios que asustados apenas logran defenderse. Al ver esos murales, imaginamos que así fueron masacrados los antiguos "mexicanos", hay algo en ellos que inclina a reflexionar sobre un pasado indígena pero no español, queriendo negar el gran mestizaje mexicano.

Curiosamente, un gran número de mexicanos que defienden su "origen indígena", a la vez se avergüenzan enormemente cuando los confunden con uno de ellos. Decirle a un mexicano: *indio*, en ocasiones resulta una ofensa y decirle: *indio* con algún adjetivo despectivo –por ejemplo *indio patarrajada*, es ofenderlo más. La palabra *indio* sirve para señalar a alguien que pertenece a la ínfima categoría o manifestarle que es un iletrado o un pobre idiota. Por eso a los indios *puros* que aún que-

dan, no se les dice indios sino *indígenas*, para dignificar un poco la folcloridad de su clase y origen.

Estos indígenas mexicanos viven en comunidades, en las que el castellano no es la lengua oficial, lejos de la civilización. Cuando el indígena baja de las montañas a los pueblos o a las ciudades, no siempre es tratado amablemente por la gente, a menos que ésta necesite algo de él.

Se hace burla de los indígenas por sus largas enaguas de algodón, por sus huaraches, por sus pies anchos o por el simple hecho de que no hablan bien el español. El indígena en las ciudades o pueblos de vida agitada se asusta, se pone nervioso. En muchos pueblos, sin ningún motivo, con frecuencia, los niños van tras él apedreándolo; así nomás, de pura maldad. Le hacen bromas de mal gusto, le lanzan cohetes a los pies, le maltratan el burro, le gritan palabras insolentes.

El indio de aldea o montañés que se convirtió en un campesino recibió un pedazo de tierra para vivir y sembrar sus verduras. A la larga tuvo que vender la tierra y trabajar como campesino asalariado, después conseguir los peores puestos en los pueblos y ciudades: de sirvientas, lavacoches, lanzafuegos, cargadores, policías y prostitutas. Son contados los casos en que un campesino de extracción indígena, sin otros medios de sustento que sus propias manos, llegue a ser alguien, sobresalir en algún negocio o al menos en la política.

Al este de la ciudad capital, existe una pequeña ciudad que lleva el nombre del famoso soberano de los chichimecas de Texcoco: Netzahuacoyotl, quien formó con los mexicas la Gran Confederación Azteca; fue poeta, filósofo y jurista. La ciudad Netzahualcoyotl si se la ve desde la ventanilla de un avión en el aire, se la verá bien planeada, trazada con toda exactitud. Allí vive gente que ha llegado de provincias; indígenas de lejanas aldeas o de altas montañas que han venido en busca de fortuna, o de al menos de sobrevivir.

De ciudad Netzahualcoyotl se sale a otros lugares para trabajar. Allí sólo hay comercios, tiendas y vendedores en las aceras. La mayoría sale a la ciudad capital, o a un centro industrial que se encuentra al noroeste. Muchos de ellos son obreros sin calificación, boleteros, voceadores, panaderos, barrenderos, limpia pisos, policías, limpiabotas, pedigüñeros, vendedores ambulantes o ladrones.

No hay industria, ni oficinas, ni rascacielos, ni secretarías ejecutivas, ni hombres de negocios en ciudad Netzahualcoyotl. Sólo indígenas convertidos en asalariados baratos y metidos en ese polvoriento y sucio lugar donde antes descansaba el grandioso y precioso lago de Texcoco, donde ahora escasean mucho el teléfono, el agua, el drenaje, el pavimento y la luz.

Los indígenas que se quedan en sus aldeas viven del pan de cada día, en la miseria. Llegan de aldeas lejanas, bajan de las montañas a los pueblos o ciudades. Llegan para vender sus productos: leña, carbón, blusas bordadas a mano en colores vivos, chucherías de cuero y de algodón, así como trabajos hechos en madera.

Aparecen con burros cargados de leña o carbón, o sin burro, con la carga a las espaldas, acompañados de mujeres vestidas en seda o rayón en miles de colores y cubiertas de hermosos chales negros. Venden barato, compran caro. Y así siempre.

La gente que vive en las ciudades, cuando encuentra alguno por la calle, se asombra de su comportamiento receloso. Por algo es que cuando estamos ante una persona huraña o desconfiada le decimos: *pareces indio de pueblo*.

El indígena es apolítico por naturaleza; sin embargo, para el político mexicano, el indígena es un elemento indispensable en sus campañas electorales. Es fácil engañarlo y persuadirlo para que asista a un mitin en donde supuestamente lo convencerán para que vote por el candidato "del Partido oficial" que allí le presentarán o de lejos conocerá. Esos indígenas son la materia prima en los mítines; sus manos son las que sostienen en el aire las banderas de papel, las pancartas y las que aplauden. La paga a esos indígenas: unas tortas, una cachucha y una playera con el logotipo del Partido; recibirá además, gratis, una carpeta, un bolígrafo, dinero para los pasajes de regreso a casa y la promesa del político de que *ahora sí* se hará algo por el indígena, aunque, aquel, por lo bajo, haya pensado: *prometer no cuesta nada*.

Por cierto, ese lema de prometer no cuesta nada arraigó muy fuerte en la sociedad mexicana. Se dice que este lema llegó de España y se quedó en México. Quizá fue un legado de Cortés, porque para conseguir el permiso para ir a avasallar a los pueblos mesoamericanos tuvo que prometer a su jefe, de la base militar española en Cuba, que en cuando consiguiera los tesoros de aquellas tierras le enviaría integramente lo adquirido. Pero al llegar Cortés y enterarse de las abundantes riquezas que ofrecía aquel territorio, y la posibilidad de quedarse con gran parte de ellas, comentó con su lugarteniente:

- ¡Mi querido Don Diego! ¡Todo para nosotros!

Aquel rápidamente le respondió:

- Pero Don Hernán, usted prometió que enviaría...

- Ja, ja, ja. ¿Es que no sabe usted Don Diego que prometer no cuesta nada?

Otro lema que se dice llegó de España y se enquistó en la cultura del mexicano, quien lo lleva con mucho orgullo, es el del "mañana". Es un Lema que el mexicano lo ha hecho suyo, lo ha naturalizado, lo ha convertido en un mexicanismo clásico y lo acata con severa disciplina.

"El mañana" es una santa palabra que anda a diario en boca de muchos mexicanos. En un fragmento de una canción popular dice un mexicano a su amada, intentando convencerla de que dé a probar algo de su íntimo tesoro: "Véngase conmigo chulita, le va a gustar; ya verá que mañana nos casamos", y la chulita, nada tontita, responde: "¿Sí?, pues entonces mañana sí que voy".

Ahora mismo vivo una situación del *mañana*. Desde hace como tres semanas ando que le llamo a un amigo mío. Llega la noche, preparo mis cosas para el día siguiente, me lavó los dientes, me meto en la cama y en ese momento recuerdo que quería llamarle. Reflexiono mirando el reloj: "Ya es muy tarde, me digo, mejor mañana". ¿Y al día siguiente? Mañana, ¿Y después? Mañana, mañana y mañana.

Dice la gente de México, sobre todo la del Distrito Federal, que el sabor *del mañana* está en el buen pretexto del que uno se valga para posponer las cosas. ¿Cómo lograrlo? En mi caso actual no hay nada excepcional, mera desidia. Por la mañana, cuando me acuerdo del asunto pienso: "Es muy temprano, mejor más tarde, seguro todavía duerme", y lo dejo para después. Después, se presenta algo que hacer y lo olvido. Por la tarde, imagino que mi amigo probablemente aún no habrá llegado

del trabajo, o que estará comiendo. Por la noche, un libro, la televisión, la salida al teatro sirven para avalar que será mejor dejarlo para mañana, y se queda para mañana.

Es probable que más de un mexicano se ofenda por lo que he escrito. Porque, él es muy amigo, muy amable, muy alegre, muy bromista, muy macho, muy taquero, muy mujeriego (simbolizado) y un incorregible fabulador; pero, ¡ah!, que no lo critiquen, porque ahí sí, ya no jugamos.

El mexicano puede gritar a los Estados Unidos que son unos imperialistas, que les robaron más de la mitad de su territorio por allá a mediados del siglo diecinueve y que son la mala leche del mundo. Podemos enviar cartas de protesta al gobierno Israelí por las porquerías que hace con los palestinos; podemos insultar a España por lo que hicieron sus antiguos conquistadores; a Rusia, por su mafia que se expande por todo el mundo. A un montón de países podemos gritar. ¡Ah!, pero que uno de ellos haga lo mismo con México o con sus mexicanos, eso sí que no.

Entre los mexicanos sí, podemos golpearlos, insultarnos, decirnos lo peor, pero que uno de fuera nos venga a criticar, llamar la atención, eso sí que no. No podemos permitirlo de ningún modo. Nada de eso.

Hace ya algunos años, un grupo de mexicanos, viviendo en Varsovia, nos reuníamos en el bar de un conocido hotel. No se trataba nada serio, sólo intercambiábamos impresiones, chismes, novedades. Acudían un médico, un pintor, un historiador, varios economistas, un poeta, algunos estudiantes, dos diplomáticos mexicanos y un músico. A veces asistían polacos invitados. Pues bien, en esas reuniones, entre la plática, no había ocasión en que no se hablara de Polonia, y mal: de su comida, de sus complejos históricos, de su orgullo de ser polacos, de su historia quebrantada, de lo que les hizo Hitler, de ser más papistas que el propio Papa, de su horrible clima, etcétera. Los polacos cuando escuchaban estas arengas en general se encogían de hombros, sonreían pero no protestaban. Se quedaban callados, mirándonos tranquilamente. ¡Ah!, pero cuando él intentaba enjuiciar al mexicano, su historia o México, eso sí que no, ¡imposible!

Y cuando se hacían comparaciones de la realidad polaca con la mexicana, ¿Quién creen que sacaba lo mejor? México. ¿Cuál resultaba el más rico? México. ¿Cuál el más lleno de tradiciones? México. ¿Cuál el más variado en comidas, en playas, en territorio, en contaminación, en hacinamiento? México, México, México, sin punto de comparación. Sí señor, así nos la gastamos los mexicanos.

Me llega a la memoria algo de mi anterior estancia en México. Buscando la entrevista con un alto funcionario del gobierno mexicano considerado serio y responsable, con doctorado en el extranjero, con dos secretarías eficientes que le mantenían al día su agenda de trabajo. Me daba largas prometiendo que mañana, que la próxima semana tendría tiempo para mí. Al fin, el día que no canceló la cita me hizo aguardar cinco horas, y al recibirme me concedió tres minutos para explicar mi asunto: "Discúlpame - me dijo muy amable, sonriente - pero es que tengo una comida y ya me están esperando". Me escuchó poniéndose la chaqueta, cogiendo su portafolios, abrazando mis hombros y encaminándonos a la salida. Allí, me estiró la mano y me dijo sonriente, en tono muy amigable:

- Muy bien, ¿entonces...? ¿Vienes mañana para que me expliques con calma tu asunto? ¿Sí?... Mira, ponte de acuerdo con mi secretaria y que te diga a qué hora estaré libre, ¿bien? Bueno mano, me voy..., retiró su mano de la mía y desapareció.

También me ha llegado a la memoria lo de Boris, el amigo de Toruñ. Cuando estuvo en México y se le estaba acabando su visa, se puso en contacto con un *cuate* mexicano para pedirle que lo domiciliara en su casa, sólo en teoría, para tramitar un nuevo permiso de estancia de seis meses más. El amigo aceptó. Quedaron de verse mañana en la entrada del edificio que albergaba la Oficina de Registros.

El día de la cita Boris amaneció resfriado, con temperatura y sin fuerzas. Pensó posponer la cita, pero por supuesto desistió. Acudió cinco minutos antes, pasaron éstos, otros, media hora, tres cuartos y el mexicano no aparecía. Boris apenas podía sostenerse en pie, flaqueaban sus piernas. Se sentó en el piso frío y apoyo su cabeza a punto de estallar en la pared. Una hora después, sufría escalofríos, dolor de sienes, cabeza hirviendo, piernas de gelatina.

Al cabo de dos horas de espera, sentado en el suelo, lloroso, moqueando y titirando de frío Boris decidió regresar a casa. Había aguantado con la esperanza de que vería llegar en cualquier instante al mexicano, pero en vano. Entrando en casa se tumbo en la cama y de allí no se levantó hasta diez días después. Convivió con temperaturas altas, con remedios caseros, baños y compresas de agua fría; convivió con tés, jarabes, aspirinas y antibióticos hasta que amainó el peligro.

Ya repuesto, extrañado de no haber tenido ninguna noticia de su amigo el mexicano, Boris decidió llamarlo para saber que había sucedido con él, pues finalmente, "pudo haberle pasado alguna desgracia que lo imposibilitó acudir a la cita y luego comunicarse conmigo", pensó.

Llamó. Y después del "Hola. ¿Cómo estás?" Boris preguntó si todo andaba bien, si no le había pasado nada malo. A lo que aquél, después del "Estoy bien gracias", añadió:

- ¡Aaah, de veras! Se me había olvidado llamarte para decirte que no había podido ir a la cita porque...

Sí, no cabe duda: en la casa del jabonero, el que no cae, resbala...